

aumentado considerablemente á última hora el cardenal Furstenberg que, protegido por los franceses, seguía considerándose como elector y señor legítimo del arzobispado de Colonia: además su guarnición era numerosa y el comandante francés, conde de Asfeld, estaba resuelto á resistir á todo trance. A fines de junio, cuando el ejército alemán se disponía á comenzar el difícil sitio, presentóse entre sus tropas el elector Federico III.

Por consejo de Schoning y para lograr la rendición pronta de Bonn, hizo una tentativa consistente en la toma del fuerte Beuel, situado en la orilla derecha del Rin, enfrente de aquella plaza: el fuerte fué tomado por el general Barfus, pero esta operación no tuvo la consecuencia que se esperaba, pues los franceses siguieron resistiéndose á pesar del terrible bombardeo. En vista de ello, fué preciso organizar un sitio en regla, cuyos trabajos preliminares no quedaron terminados hasta mediados de agosto. El mariscal Bouffler quiso hacer levantar el cerco y á este efecto dirigióse desde el Mosela hacia Bonn al frente de un ejército de socorro; pero su plan fracasó por haberle salido al encuentro un fuerte destacamento mandado por Schoning. No obstante, los sitiadores, aun después de perdida toda esperanza de ser socorridos, se defendieron tenazmente: el golpe decisivo se retardaba una y otra semana y entretanto surgían en el cuartel general del elector disensiones y rivalidades entre Schoning y Barfus, que por algún tiempo llegaron á entorpecer las operaciones, hasta que Federico III, armándose de energía, puso orden en aquel estado de cosas (1).

El duque Carlos de Lorena, con las tropas del emperador y del Imperio, había comenzado entretanto el sitio de Maguncia (mediados de julio de 1689): estaba esta plaza perfectamente pertrechada y su comandante, el general de Huxelles, tenía á sus órdenes 9,000 hombres escogidos y había podido prepararse con tiempo. El ataque y la defensa fueron igualmente vigorosos: el general francés mostrábase infatigable ordenando continuas salidas, pero de semana en semana se estrechaba la distancia entre los sitiadores y los muros de la ciudad sitiada. En el campamento alemán había, además del duque de Lorena, multitud de príncipes alemanes que deseaban tomar parte en la lucha, y entre los cuales figuraban en primera línea el elector Juan Jorge de Sajonia con sus dos hijos, Maximiliano Manuel de Baviera, que había llevado consigo una parte de su ejército apostado en el alto Rin, y el príncipe Eugenio de Saboya, que fué herido á los pocos días de haber llegado. «Nunca se ha visto al Imperio tan unánime en la acción común como en este terrible sitio de Maguncia,» escribía Chamlay á Louvois sumamente descorazonado (2).

Ocho semanas duró la lucha. El mariscal Duras, á quien se había dado orden de acudir sin pérdida de momento á libertar á la plaza, vaciló hasta que fué ya demasiado tarde para operar. El duque de Lorena dispuso el asalto decisivo para el día 6 de setiembre, en cuya tarde y después de doce horas de incesante bombardeo de la ciudad por todas las piezas de artillería, comenzó el asalto general por dos distintos puntos á la vez. Dos horas lucharon terriblemente asaltantes y asaltados cuerpo á cuerpo en la contraescarpa y en el camino cubierto, sufriendo unos y otros horribles pérdidas; y aun cuando en este primer asalto no lograron los alemanes

(1) Los detalles de estos sucesos que tanta sensación produjeron pueden verse en las dos biografías citadas y en mi artículo sobre Barfus, publicado en la *Biografía general alemana*, tomo II, pág. 62. A consecuencia de estos acontecimientos, Schoning abandonó poco después el servicio de Brandeburgo y entró como feldmariscal en el ejército del elector de Sajonia.

(2) Rousset: tomo IV, pág. 234.

penetrar en la plaza, el comandante de Huxelles no quiso esperar el segundo, sino que, después de cesar el combate por haber cerrado la noche, resolvióse á capitular. Firmóse la capitulación en 8 de setiembre con la condición de que los vencidos podían salir libremente y con todos los honores militares, y tres días después la guarnición francesa, compuesta todavía de 5,000 hombres, hizo entrega de la ciudad á los alemanes y se retiró á Landau. En las ocho semanas que duró el sitio, los franceses, según dijo de Huxelles para justificar su conducta, habían agotado todas sus municiones y consumido todas las existencias de pólvora, habiéndoles faltado además fusiles (3). La capitulación de Maguncia se consideró en Francia como una tremenda derrota, de la que la opinión pública procuró consolarse atribuyéndola únicamente á la escasez de pólvora de que de Huxelles se había lamentado: los enemigos de Louvois no dejaron de hacer á éste responsable de aquella falta dedicándole versos satíricos, como estos:

*¡Pour un ministre des plus grands  
La belle prevoiance,  
De laisser tant d'honnêtes gens  
Sans poudre dans Mayence!* (4)

A la toma de Maguncia siguió inmediatamente la rendición de Bonn.

Cuando el duque Carlos de Lorena preparaba el asalto decisivo á Maguncia, pidió al elector Federico de Brandeburgo que le enviara un cuerpo de auxilio, é inmediatamente un destacamento de 6,000 hombres salió del campamento de Bonn en dirección á Maguncia; pero habiendo recibido en el camino la noticia de que esta plaza había capitulado, volvieron aquellas tropas á su primer destino. Llevada á cima su empresa, apresuróse el de Lorena, á fin de precipitar el sitio de Bonn, á acudir en ayuda del elector con 14,000 hombres, penetrando con ellos en la línea de asedio. Los brandeburgueses tenían muy adelantadas sus obras que llegaban hasta muy cerca de la plaza y que, merced á aquel refuerzo, quedaron terminadas en los últimos días de setiembre. El día 9 de octubre, después de un bombardeo de muchos días, dióse el asalto general, cuyos detalles fueron análogos á los del de Maguncia (5). Luchando contra una defensa tenacísima avanzaron los alemanes hasta el camino cubierto y apoderándose de él hicieron fuertes al llegar la noche en la muralla principal; el combate, sin embargo, no prosiguió á la mañana siguiente porque el comandante d'Asfeld, desalentado y mortalmente herido, firmó la capitulación en virtud de la cual la guarnición francesa, compuesta de 1,800 hombres, salió de la plaza con todos los honores militares. El día 13 de octubre hicieron los alemanes su entrada en la ciudad conquistada.

Así terminó el año de guerra (1689), tan pródigo en acontecimientos importantes. La toma de Maguncia y de Bonn era un comienzo que presagiaba fortuna en el teatro de la guerra alemán; pero no era mas que un comienzo, pues si bien se habían reparado las pérdidas del año anterior, el adversario no quedaba quebrantado ni vencido. La cuestión

(3) Rousset: tomo IV, página 239. Al comenzar el sitio había en la plaza 256,000 libras de pólvora y 5,000 mosquetes de repuesto.

(4) La poesía entera está inserta en Rousset, tomo IV, pág. 254: según éste hace notar (pág. 246), esta poesía constituye un interesante documento que demuestra el papel importante que como espantajo guerrero representaba todavía en el recuerdo de los parisienses el valeroso general de caballería de la guerra de treinta años, Juan de Werth.

(5) La descripción de algunos episodios personalmente presenciados puede verse en las *Memoires originaux*, etc., del conde Cristóbal de Dohna (Berlín, 1833), pág. 110.

estribaba en ver si el esfuerzo hasta entonces hecho y que tan felices resultados había dado se sostendría en una guerra larga que revestía cada vez mas el carácter de lucha europea y para la cual aperciábase Luis XIV con todo el inagotable arsenal de sus recursos.

## CAPITULO II

### GUERRA CONTRA FRANCIA Y GUERRA CONTRA TURQUÍA

Luis XIV, con su agresión en las fronteras del Imperio alemán, había dado en 1688, sin querer y sin preverlo, la señal para una nueva gran guerra de coalición contra la preponderancia de la monarquía francesa. Este primer ataque no había tenido el éxito deseado por haber opuesto el Imperio una resistencia inesperada. Desde entonces y por largo tiempo la guerra en Alemania quedó relegada á segundo término, pues desde 1690 las fuerzas de las potencias beligerantes fueron especialmente solicitadas por la lucha en los Países Bajos españoles y en la alta Italia, logrando muy pronto gran ventaja en todas partes las armas francesas, merced á haber puesto Francia en campaña todas sus tropas mandadas por sus mejores generales.

El 1.º de junio de 1690, el ejército holandés á las órdenes del príncipe Jorge Federico de Waldeck fué derrotado por el mariscal de Luxemburgo en la batalla de Fleurus, no volviendo á quedar en cierto modo equilibradas las fuerzas hasta que, cuatro semanas después, uniéronse á Waldeck el ejército brandeburgués, que mandaba el elector Federico, y otras tropas alemanas auxiliares. Aquella derrota, sin embargo, no quedó compensada por ninguna nueva batalla, pues aunque el de Brandeburgo ponía gran empeño en intentarla, Waldeck se resistió á hacer tal tentativa, que además le prohibieron los Estados generales. El mariscal de Luxemburgo mantúvose también en una prudente defensiva.

Por aquel mismo tiempo el general Catinat obtuvo la brillante victoria de Staffarda (18 de agosto de 1690) sobre el duque Víctor Amadeo de Saboya, á consecuencia de la cual los orgullosos y ambiciosos piemonteses se arrojaron decididamente en brazos de la coalición anti-francesa; pero antes de que llegaran sus socorros, supo el hábil Catinat explotar su victoria de una manera eficazísima.

La escuadra francesa mostróse á igual altura que el ejército de tierra, y en 10 de julio de 1690 el almirante Tourville causó graves pérdidas y puso en dispersión á la armada anglo-holandesa en la batalla naval de Bechy Head.

En compensación de todas estas derrotas la coalición no consiguió mas que una victoria, bien que ésta fué de trascendentales consecuencias. El mismo día de la batalla de Fleurus (1.º de julio de 1690), libróse en Irlanda la del río Boyne, que fué la batalla verdaderamente decisiva entre Guillermo III y Jacobo II. Con la derrota del Estuardo sufrió Luis XIV un golpe terrible, pues fracasada, á consecuencia de ella, la tentativa de una restauración armada con auxilio de Francia, la Inglaterra protestante bajo el gobierno del gran Orange quedaba salvada y, aunque no del todo pacificada en el interior, pasaba en lo que al exterior se refería de la defensa al ataque con toda la fuerza que le daban sus victorias. La completa sumisión de Irlanda quedó consumada en 1691, y cuando en la primavera de 1692 presentóse en el canal de la Mancha la gran armada francesa que conducía á Inglaterra un ejército de desembarco y con él el llamamiento á la insurrección, fué derrotada y poco menos que destruida en la terrible batalla naval del cabo La Hogue (20 de mayo de 1692) por las escuadras unidas de Inglaterra y Holanda, como lo había sido en otro tiempo la armada

de Felipe II (1). Desde aquel momento no había que pensar en una invasión en Inglaterra, antes al contrario fué ésta la que por algún tiempo pensó en invadir por mar á Francia (2). De todos modos, desde entonces el poderío de Inglaterra, mientras dispusiera de él Guillermo III, estaba dispuesto para la lucha en el continente.

Las luchas mas importantes tuvieron efecto en los Países Bajos: y decimos mas importantes y no decisivas porque no cabe emplear esta palabra dado el equilibrio de fuerzas y de éxitos que allí se mantuvo. La toma de Mons, una de las plazas mas fuertes de Bélgica, acaecida en abril de 1691, y la de Namur, ciudad fortificada y personalmente defendida por el gran fortificador holandés Coehorn, realizada en julio de 1692, fueron otros tantos grandes triunfos de las armas francesas, glorificadas á los ojos de Francia por la presencia personal de Luis XIV; pero no modificaron esencialmente la situación de las cosas, como tampoco la modificó la indecisa batalla de Steenkerke (3 de agosto de 1692), con la que Guillermo III quiso reparar el fracaso de Namur.

El plan de esta batalla todavía fué dispuesto por el príncipe Jorge Federico de Waldeck. En el curso de nuestra narración hemos tenido varias veces ocasión de hablar de este valeroso y entendido conde imperial westfalia á quien el emperador Leopoldo elevó á la categoría de príncipe del Imperio y cuyos pasos hemos podido seguir desde sus primeros actos políticos al servicio del Gran Elector hasta sus últimas luchas en unión de Guillermo de Orange contra Luis XIV. Ahora toca á su término la gloriosa vida de este patriota alemán y europeo: en efecto, pocos días después de la batalla de Steenkerke, Waldeck se retiró del ejército con el propósito de reparar en unos baños las fuerzas que comenzaban á faltarle; pero solo pudo llegar hasta Arolsen, en donde falleció en 19 de noviembre de 1692 á la edad de 73 años (3).

Menos decisivas aún que en Bélgica fueron durante estos primeros años las luchas sostenidas en el Rin. El entusiasmo bélico que en 1689 se despertó en Alemania y merced al cual se opuso un dique á la invasión francesa, debilitóse muy pronto, y en su lugar surgió una no interrumpida serie de sensibles discordias entre la corte imperial y los diversos Estados armados acerca de las cuestiones de los cuarteles de invierno, de las asignaciones pecuniarias impuestas á los Estados no armados, de los subsidios estipulados, etc. Las tropas alemanas y sus generales habían dado elocuentes pruebas de sus excelentes condiciones militares, pero en cambio reinaba la confusión mas espantosa en todo cuanto se relacionaba con la organización material y económica de aquel ejército. El sistema acordado en 1681 no había sido todavía puesto en práctica: los grandes cuerpos de ejército que poseían algunos Estados imperiales como Brandeburgo, Sajonia, Hannover y Baviera no podían ser constantemente mantenidos por ellos con recursos propios, sino que el Imperio debía ayudarles proporcionándoles cuarteles de invierno, manutención y dinero, auxilios cuya distribución era cada año causa de las mas odiosas luchas. Generales eran las censuras contra el emperador, porque abusando de su posición, especialmente en la cuestión de acuartelamientos de invierno, solía reservarse la mejor parte para sus tropas, é infinitas las quejas por la falta de pago de los subsidios y por la desigualdad con que se repartían las asignaciones pe-

(1) Por la tempestad, no por la escuadra anglo-holandesa. (N. del T.).

(2) Véase Ranke: *Historia inglesa*, tomo VI, página 252.

(3) Véase el simpático elogio póstumo que de él hace el historiador holandés P. L. Muller al final de su obra: *Guillermo III de Orange y F. G. de Waldeck*, tomo II, pág. 102.

cuniarías en el Imperio. Estudiando los detalles de estas enojosas contiendas, casi parece mentira que pudieran formarse ejércitos aptos para la lucha (1): la carencia real de dinero, el afán de especulación y la codicia contribuyeron a este estado de cosas que, como es natural, afectó mas directa y profundamente a los círculos imperiales mas inmediatos al teatro de la guerra.

De esta situación dan perfecta idea las disensiones entre el emperador y el elector Juan Jorge de Sajonia, que fueron de funestas consecuencias. El brillante ejército sajón desde el otoño de 1688 había tomado parte importantísima en las luchas que a la sazón se iniciaban contra Francia, a pesar de lo cual, cuando en el otoño de 1689 las tropas entraron en sus cuarteles de invierno, vióse obligado a regresar a su país, porque todos los cuarteles de Franconia y de Suabia fueron ocupados por los imperiales, repitiéndose lo propio durante el otoño de 1690. Estas y otras desigualdades produjeron poco a poco tan gran tensión entre las cortes imperial y sajona, que el gobierno de Dresde acarició por algun tiempo la idea de retirarse de la guerra y formar en el Imperio, en union con Ernesto Augusto de Hannover, un partido neutral. Por otra parte el emperador mandó prender en julio de 1692 en los baños de Töplitz al feldmariscal sajón Schöning, a quien se tenía por afecto a Francia é inspirador de aquel plan, haciéndolo encerrar en la fortaleza austriaca de Spielberg junto a Brun, donde permaneció preso algunos años. Hasta febrero de 1693 y despues de muchas discusiones no se concertó un tratado definitivo con el emperador y otros aliados, en virtud del cual y merced a cuantiosos subsidios quedó fuertemente encadenado a la causa de la coalición contra Francia el joven elector Jorge IV que entretanto había entrado en posesión del gobierno (2).

Dadas estas peligrosas circunstancias en que se encontraba el ejército, los alemanes no podían pensar en tomar seriamente la ofensiva: además, en abril de 1690 falleció el duque Carlos de Lorena, que hasta entonces había tenido el mando de las fuerzas del Rin y cuya elevada autoridad personal, por todos los príncipes y generales reconocida, era lo único que había mantenido la unidad en la dirección suprema. Su muerte fué una pérdida irreparable para el emperador y para toda la coalición. «No es posible imaginar, dice un contemporáneo, cuánto ha perdido con él la causa común; este triste acontecimiento desbaratará todos los planes del emperador (3).» Por otra parte, el ejército imperial debilitóse en gran manera por las numerosas divisiones que se enviaban a Hungría y a la alta Italia: el elector Maximiliano Manuel de Baviera hizo cargo, en el verano de 1691, del mando del ejército auxiliar aliado de Saboya, puesto en el que conquistó poca fama, y el magnate mas poderoso del imperio, desde el punto de vista militar, el elector Federico de Brandeburgo, estaba por entero consagrado, con la mayor parte de su ejército, a la lucha en los Países Bajos (4).

En tales circunstancias fué una verdadera suerte para el Imperio que Francia no desplegara durante aquellos años gran energía en la guerra del Rin. El general de Lorges, general en jefe del ejército de aquella región, disponía de fuerzas

(1) Respecto de estos sucesos militares, véanse especialmente las detalladas explicaciones de Fester en su obra: *Estados armados*, p. 91.  
(2) Tratado de Dresde de 20 de febrero (2 de marzo) de 1693, inserto en la obra de Fester, página 168.

(3) Acerca del supuesto testamento político del duque, que no es sino una falsedad del literato francés Chevreumont, véase lo que dice Koser en la *Revista Histórica* de Sybel, tomo XLVIII, pág. 45.

(4) Un pequeño destacamento brandeburgués a las órdenes del margrave Felipe, fué enviado a la guerra de Italia, donde se distinguió en el sitio de Casale: otros destacamentos estaban en Hungría con el ejército imperial.

poco numerosas, pero aun así conservaba, gracias a las disensiones que reinaban entre los alemanes, cierta superioridad sobre éstos, a quienes ocasionó pérdidas sensibles. En el mes de setiembre de 1692, el ejército del Imperio, mandado entonces por el margrave Cristian Ernesto de Brandeburgo-Bayreuth, intentó atravesar el Rin y marchar sobre Spira, mientras el grueso del ejército sajón se retiraba a su país a consecuencia de las discordias de que hemos hecho mérito; pero la tentativa del general imperial fracasó por completo, pues cuando de Lorges contestó a aquel ataque trasladándose a la orilla derecha del río por Philippsburgo y disponiéndose a penetrar en Suabia, el jefe del ejército alemán apresuróse a reparar el Rin para salir al encuentro del general francés. Desgraciado fué también en la realización de este propósito: en efecto, el duque administrador Federico Carlos de Wurtemberg, a quien había enviado de avanzada con fuerzas insuficientes, fué atacado por de Lorges, trabándose la batalla de Oetisheim (entre Pforzheim y Bretten), en la que el débil cuerpo de ejército de los alemanes compuesto de tropas de poca confianza fué completamente dispersado, cayendo además prisionero el propio Federico (27 de setiembre de 1692) (5). El margrave de Bayreuth, sin cuidarse de reparar aquel desastre, retiróse con el ejército imperial detrás del Neckar. Los territorios de Baden y Wurtemberg presenciaron una nueva edición de los horrores de 1689, siendo incendiadas Pforzheim, Calw y la abadía de Hirschau y exigidas en todas partes exorbitantes contribuciones. Entonces se vió hasta qué punto los directores supremos de la guerra tenían abandonada a la alta Alemania: generales ineptos, tropas insuficientes, el ejército sajón obligado a regresar a su país por la cuestión de los cuarteles de invierno, el territorio que se extendía hasta el Neckar evacuado: tal era el espectáculo que se ofrecía en aquella región, y aun se hablaba ya de que Wurtemberg y el círculo suabio pensaban en retraerse de toda ulterior participación en la lucha haciendo una declaración de neutralidad. No se debió, pues, a la dirección militar alemana el que los franceses, en vez de proseguir su movimiento de avance, abandonasen aquel país saqueado y se retirasen a sus cuarteles de invierno. La derrota de Oetisheim, sin embargo, fué por lo menos causa de que la corte de Viena se decidiese, conforme a las súplicas de los círculos franconio y suabio, a confiar el mando de los ejércitos del Rin al hombre que, muerto el duque de Lorena, era tenido por el primer general alemán, el gran vencedor de los turcos Luis Guillermo de Baden, el cual se hizo cargo de la jefatura de las tropas imperiales y del Imperio en la primavera de 1693.

No podemos referir en este lugar, con todos sus complicados pormenores, el curso que en aquel mismo tiempo seguía la guerra contra los turcos (6): los brillantes triunfos de los primeros años no siempre se reprodujeron; el peso de la doble guerra dejábase sentir de una manera poderosa; la guerra en el Danubio fué causa de que la lucha contra Francia en el Rin adoleciera de falta de energía, y sin embargo las fuerzas concentradas en Hungría fueron casi siempre insuficientes para las necesidades a que tenían que

(5) Véase la relación del duque Federico Carlos en Sattler, t. XI, apéndice número 53 a, y otros detalles en la obra de Schulte: *El margrave Luis Guillermo*, tomo I, pág. 78. Véase también Griffet: *Recueil de lettres*, etc., tomo VIII, pág. 190 (en donde debe enmendarse la fecha 1691).

(6) Véase Roder de Diersburg: *Campañas del margrave Luis Guillermo de Baden contra los turcos* (Karlsruhe, 1839); Arneth: *Vida del feldmariscal conde Guido de Starhemberg* (Viena, 1853); Angeli: *Comunicaciones del Archivo de guerra imperial*, 1877, pág. 136; Al. Schulte: *El margrave Luis Guillermo de Baden* (Karlsruhe, 1892).

atender. Aunque entonces hubiera podido concertarse en condiciones favorables la paz con los turcos, el emperador Leopoldo no podía resolverse a firmarla: el celo religioso, la lealtad que como aliado debía a los polacos y venecianos que con él luchaban, y sobre todo las halagüeñas esperanzas de llevar sus conquistas mas allá de las fronteras de Hungría le hicieron perseverar en la senda emprendida. El horizonte del territorio de los Balkanes habíase abierto ante sus ojos: parecía imposible terminar la guerra sin la conquista de la Bosnia, de la Herzegovina y de una parte del litoral del Adriático, pero también hasta Serbia, en donde la población cristiana comenzaba a agitarse contra el yugo de Turquía, hasta Valaquia y aun hasta Bulgaria y Rumelia alcanzaban las esperanzas, que sobrepujaban la medida de las fuerzas con que para realizarlas se contaba.

En este sentido se hizo la brillante campaña de 1689 bajo la dirección de Luis Guillermo de Baden, quien, además de las operaciones del ejército imperial, proponíase promover una gran insurrección de los pueblos cristianos de los Balkanes, a cuya organización consagróse especialmente el excelente general Eneas Silvio Piccolomini. El margrave Luis dió en Serbia las grandes batallas de Batotschina (30 de agosto) y de Nissa (24 de setiembre), que fueron dos derrotas decisivas para los turcos, a pesar de ser las fuerzas de éstos muy superiores a las de aquél. Poco después se apoderó de la plaza fuerte de Widdin (14 de octubre), logrado lo cual los vencedores tomaron cuarteles de invierno en Valaquia. Inmediatamente se dispuso Piccolomini a hacer estallar el levantamiento de los cristianos en los territorios de los Balkanes; pero su repentina muerte acaecida en 9 de noviembre paralizó este movimiento antes de que pudiera llegar a ser un elemento cooperador a la acción de los imperiales.

Un hombre de Estado vienés, teniendo en cuenta los triunfos de aquel año, dirigió en noviembre de 1689 una apasionada memoria al emperador conjurándole a que prosiguiera con energía la guerra, pues que ya se había recorrido la mitad del camino de Constantinopla, y diciéndole que en su mano estaba la restauración del imperio romano de Oriente (1); pero el vencedor de Nissa no participaba de tales esperanzas. El margrave Luis, en el transcurso de su feliz campaña, habíase formado una opinión menos optimista, y cuando en febrero de 1690 expuso al emperador su bosquejo de plan de operaciones, no le ocultó que con las fuerzas de que se disponía no era posible llevar a la práctica la proyectada política de conquista en Hungría y en los territorios vecinos, por lo cual propuso una campaña esencialmente defensiva cuyo principal objeto había de ser conservar la Transilvania, «pues que este territorio, decía, es la mayor y la más tolerable de todas las conquistas de V. I. M. y puede en mi concepto ser justamente calificado de ciudadela de toda la alta Hungría.» Únicamente en el caso inesperado de que el emperador recibiese, de dondequiera que fuese, nuevas y numerosas tropas de auxilio, podría pensarse en ulteriores conquistas «hasta conseguir la extirpación completa de la tiranía turca de Europa.» Para cuando llegase

(1) Memoria del consejero privado imperial, conde Juan Quintin Jorger, de 1.º de noviembre de 1689, inserta en Lunig: *Selecta scripta illustrata*, pág. 93. Jorger enumera las razones en contra y en pro de la continuación de la guerra de Turquía; las últimas le parecen mas numerosas é importantes: el emperador, además del reino de Hungría «había de esperar heredar etiam Imperium Orientis» y «alcanzaría fama inmortalitatis con la ocupación del imperio griego.» También se le indicaba la union que él debía promover de las iglesias oriental y romana (pág. 95). Esta memoria produce una impresión muy superficial, sobre todo si se la compara con la del margrave Luis de que luego hablaremos.

este caso proponía la conquista de Nikopolis y despues la de Sofía y Salónica (?); lo más importante, sin embargo, era asegurarse ante todo de Bosnia por medio de la conquista completa de este país (2). Pero la verdadera opinión del margrave Luis era que todo esto resultaba irrealizable dadas las escasas fuerzas existentes en Hungría y que, por lo tanto, era preciso contentarse con permanecer en la imprescindible defensiva. En realidad, Viena no quería ni podía en aquel entonces poner en pie de guerra las fuerzas que se necesitaban, y aun miraba con cierto desdén altanero al adversario tantas veces derrotado. El margrave aceptó con gran repugnancia el mando que en un principio había rechazado.

En cambio, en Constantinopla se recrudecía el antiguo furor bélico de los turcos. Un nuevo gran visir, el inteligente cuanto enérgico Mustafá Koeprili, dió nueva vida a la tan decaída organización política y militar de Turquía, poniendo en pie de guerra un ejército de 130,000 hombres para la campaña de 1690. También Emerico Toekoely, a quien el sultán había nombrado otra vez príncipe de Transilvania, aportó al ejército turco sus kuruzzes y entró en campaña. Los turcos comenzaron, a mediados del invierno (enero de 1690), la lucha contra las fuerzas imperiales que, además de insuficientes, estaban muy diseminadas y con las cuales no podían resistir ante la superioridad numérica del adversario ni los mas expertos generales como Heister, Heissler, Veterani y sobre todo Guido de Starhemberg. Muy pronto sufrieron los imperiales derrota tras derrota, y el mismo margrave Luis, que en agosto se hizo cargo del mando, no pudo torcer la adversa fortuna y hubo de contentarse, conforme a su primitivo programa, con defender y conservar por lo menos la Transilvania, rechazando los ataques de los turcos y de los kuruzzes de Toekoely. Muchas de las mas importantes plazas cayeron en poder de los turcos, Widdin primero, luego Nissa, que defendió heroicamente Guido de Starhemberg hasta que se vió obligado a capitular, logrando que le concedieran libre salida, y a poco Orsova y Semendria. No tardaron en recibir los austriacos el golpe mas rudo.

El gran visir Koeprili en persona al frente del grueso del ejército puso sitio a Belgrado: encontrábase esta plaza fuerte en el mas perfecto estado de defensa y contaba con una guarnición numerosa; todo hacia esperar una resistencia tenaz, cuando a los ocho días de comenzado el sitio una catástrofe imprevista echó por tierra tales esperanzas. El día 8 de octubre volaron de repente con explosión estruendosa los tres polvorines del castillo y el laboratorio del arrabal: el castillo saltó hecho pedazos, la muralla que de él arrancaba vino abajo, y los turcos, aprovechándose de la confusión general, penetraron por la abierta brecha en la ciudad, cuya guarnición fué pasada a cuchillo. Pocos fueron los que lograron salvarse atravesando el Danubio, y aquella soberbia fortaleza, con tanto esfuerzo conquistada dos años antes, volvió como por arte de magia al poder de los turcos. Ya que aquel desastre se debiese a negligencia del comandante d'Aspremont, ya que fuera efecto de la traición de un ingeniero veneciano en inteligencia con el enemigo (1), es lo cierto que la pérdida fué terrible: los imperiales perdieron ocho de sus mejores regimientos y 150 cañones, y el hecho de volver a estar en manos de los turcos la antigua puerta de Hungría parecía comprometer gravemente todos los triunfos alcanzados en los últimos años. Solo la heroica y afortunada defensa que Guido de Starhemberg y el duque de Croy hicieron de la plaza de Esseg, a la cual pusieron cerco los tur-

(2) Plan de operaciones para 1690, en Roder de Diersburg, tomo II, página 198.

(3) Arneth: *Guido de Starhemberg*, pág. 128.

cos despues de la toma de Belgrado, salvó el honor de las armas imperiales.

Viena hizo entonces los mas extraordinarios esfuerzos para reparar en el siguiente año los daños sufridos, y su energía en aquella ocasion produjo el mejor efecto. Para la campaña de 1691 púsose en pié de guerra el ejército imperial mas formidable de cuantos, desde hacia largo tiempo, habian sido enviados contra los turcos, de lo cual resultó perjudicada la campaña del Rhin, pues la mayor parte de las fuerzas del emperador que allí luchaban hubo de pasar á Hungría. Además algunos Estados del Imperio enviaron los tan deseados auxilios, entre ellos un pequeño destacamento badense y un cuerpo brandeburgués de 6,000 hombres mandado por el general Juan Alberto de Barfus. Así es que cuando en julio llegó el margrave Luis de Baden al teatro de la guerra, despues de haber recogido un cuerpo de 12,000 hombres anteriormente destinado á la defensa de Transilvania y algunos otros pequeños destacamentos, disponia de un ejército de unos 40,000 hombres. El del gran visir Koepril vendria á constar de una tercera parte mas, con la particularidad de que en él se encontraban buen número de oficiales de artillería y de ingenieros franceses, enviados por Luis XIV, que pusieron al servicio de la media luna los conocimientos técnicos y la práctica de Occidente. ¡Cuán distintos estos tiempos de aquellos otros, no muy lejanos, en que varios príncipes franceses, contra la voluntad del rey se apresuraron á ponerse al servicio del emperador para luchar contra los infieles (1)! El sentimiento del antagonismo religioso sucumbia en este caso ante el impulso de la comunidad de intereses político militares.

Los dos ejércitos, apercebidos para la batalla decisiva, encontráronse en el rincón de la península Sirmia comprendido entre el Danubio, el Drave y el Save, que cercaban formando extenso semicírculo las plazas fuertes de Peterwardein, Titel, Semlin y Belgrado. La batalla de Szlankamen (19 de agosto de 1691) fué una de las mas sangrientas que aquel siglo registra en sus anales (2). En tierra luchaban los ejércitos y en el Danubio las escuadrillas. Comenzó la accion por el ataque que el ala derecha imperial dirigió contra las trincheras turcas construidas por ingenieros franceses: la lucha fué terrible y mucha la pérdida de gentes, muriendo el jefe del ala, el general de artillería de Souches, y cayendo gravemente herido Guido de Starhemberg. Tres veces fueron los asaltantes rechazados de las trincheras por los genízaros, pudiendo á duras penas conservar sus posiciones, y á las pocas horas de combate casi la mitad de los combatientes yacian muertos ó heridos sobre el campo de batalla. La caballería turca mandada por Emerico Toekoely quiso por medio de un ataque en masa romper el centro de la línea alemana, pero esta tentativa fracasó tras reñida lucha por haberse lanzado enérgicamente contra los agresores el margrave Luis con sus escuadrones. Entonces entró en accion el centro, en donde se encontraba el general Barfus con sus brandeburgueses y una parte de la infantería imperial, y con un vigoroso ataque sobre el flanco de la caballería turca evitó la completa derrota del ala de los imperiales.

La batalla habia comenzado á las tres, y al acercarse la noche el ejército cristiano se encontraba en gravísimo peligro: el ala derecha estaba poco menos que destrizada y el centro se sostenia con gran trabajo: por otra parte, en el Danubio la ventaja estaba del lado de la escuadra turca. No

(1) Véase el libro IV, pág. 257, de esta obra.

(2) Acerca de esta batalla véase, además de las obras antes citadas, el trabajo escrito para la conmemoracion del centenario por A. Schulte, en el suplemento de la *Allgemeine Zeitung*, de Munich, de 19 y 20 de agosto de 1891.

habia mas que un medio de salvacion. El ala izquierda, encargada de operar contra el ala derecha de los turcos, menos fuerte que las otras posiciones, y de caer sobre ella por retaguardia mediante un movimiento de flanco para efectuar el cual debia dar un rodeo bastante largo, no habia entrado aun en accion: mandábala el feldmariscal conde de Dunewald, que contaba setenta años, que desde la batalla de San Gothardo no habia faltado casi á ningun combate contra los turcos, y á quien quizás molestaba tener que pelear á las órdenes del jóven margrave de Baden. Su tardanza en entrar en combate no fué imputable á culpa suya, pues que, además de tener que vencer grandes dificultades topográficas para llegar hasta el enemigo, la lucha en el ala derecha habia comenzado antes de lo que en el plan de batalla se previera, á consecuencia de lo cual los movimientos de las dos alas no habian coincidido oportunamente. El margrave Luis, en vista de tal retardo, corrió en busca del cuerpo de Dunewald para acelerar su marcha, y habiéndole dado alcance, dejó atrás la infantería, púsose al frente de dos brigadas de caballería, hizo que le siguiera la caballería nacional húngara, y dejando á Dunewald con el grueso de su ejército, cayó violentamente sobre el flanco y la retaguardia del campo turco que en aquel sitio estaba débilmente defendido. Este ataque decidió la batalla. Los genízaros y una parte de la caballería turca, atacados de frente y por la espalda, opusieron desesperada resistencia; pero la noche aumentó los horrores de los inesperados ataques que por todos lados sufrían los turcos, pues el ala derecha y el centro austriacos avanzaron tambien con irresistible empuje. Muy pronto dispersáronse los atacados, terminando la accion con una sangrienta carnicería y una desordenada fuga: el ejército turco que dos horas se habia creído vencedor estaba á la sazón completamente destrozado.

Fué aquella una victoria tan completa para los austriacos como otra igual no habian logrado desde la toma de Viena en 1683: la batalla de Szlankamen fué la batalla maestra de Luis de Baden. En 20,000 muertos se estimaron las pérdidas de los turcos; del cuerpo de genízaros solo quedaron 2,000 hombres que huyeron á Belgrado, y de los restos de aquel ejército pocos pudieron verse nuevamente reunidos. Entre los que perecieron en el combate cuéntanse el agá de los genízaros, el serasquier, la mayoría de los bajás y el gran visir Koeprili. Los vencedores se apoderaron de un inmenso botín en el conquistado campo turco.

Pero las pérdidas del ejército cristiano fueron tambien tan grandes que fué imposible pensar en aprovecharse rápidamente de la victoria, sorprendiendo, por ejemplo, la plaza de Belgrado, que, al parecer, se encontraba indefensa. Tuvieron los imperiales 7,000 bajas entre muertos y heridos, de ellas 900 los brandeburgueses, siendo muy considerables las de oficiales, tanto que de los 40 que habia en dos regimientos brandeburgueses solo quedaron siete aptos para el servicio. El vencedor necesitaba, pues, algun tiempo de reposo para reparar sus fuerzas, sin lo cual era inútil pretender sacar de la victoria las importantes consecuencias que habia derecho á obtener de ella. Sin embargo, el gobierno de Viena no queria oír hablar de nuevos esfuerzos que no estaba en situacion de hacer: ciertamente que se habia conjurado un gran peligro, pero aquella costosa campaña habia agotado todos los recursos de la hacienda austriaca, repitiéndose entonces el caso tan frecuente en las guerras de aquella época, á saber, que merced á un esfuerzo titánico creábase un estado de superioridad pasajera, pero luego á la energía del primer momento sucedia, aun en el vencedor, una postracion profunda, debiéndose á esto el que grandes batallas tuviesen resultados relativamente pequeños y de efectos poco dura-

deros. La campaña de 1692, que despues de la batalla de Szlankamen hicieron los imperiales en Hungría, fué muy poco vigorosa y no tuvo mas consecuencia que la toma de Grosswardein (5 de enero), una de las pocas plazas que en el interior de aquella nacion habian los turcos hasta entonces poseido. Al año siguiente, Luis de Baden abandonó, segun hemos ya dicho, el teatro de la guerra de Hungría para

hacerse cargo del mando del ejército del Rhin, y al retirarse de allí aquella campaña prosiguió durante algunos años sin energía y con pocos hechos de armas importantes, á causa de la insuficiencia del ejército y de la ineptitud de los que lo mandaban; y si de ella no salió mal parada la causa del emperador fué porque con la muerte de Koeprili volvió á decaer muy pronto el enérgico impulso que éste habia sabido



LUDOV. WILH. MARCH. BADEN. c. HOCHR. S. C. M. GEN. LOCUMT. CAMPIMARISC.  
P. Schenk del. H. E. J. 1715.

El feldmariscal Luis Guillermo, margrave de Baden  
Facsimile reducido del grabado de Pedro Schenk (1645-1715)

imprimir á la organizacion militar en Constantinopla. Así continuaron las cosas hasta que en 1697 el príncipe Eugenio de Saboya reemplazó en la direccion de la guerra turca al elector Augusto de Sajonia, que hubo de dejarla para atender á la cuestion de la sucesion al trono de Polonia. Entonces se obtuvieron nuevos y decisivos éxitos.

### CAPITULO III

LA ELECCION DE JOSÉ I Y LA DIGNIDAD ELECTORAL  
HANNOVERIANA

Antes de proseguir la narracion del curso y término de la guerra es preciso echar una ojeada sobre los asuntos inte-

ALEMANIA DESDE LA PAZ DE WESTFALIA

riores de los Estados alemanes durante aquellos años, pues que los sucesos de la guerra no eran óbice para que á la vez se desarrollaran los que son propios de la vida normal de los pueblos. Por muy poderosos que fuesen los enemigos con quienes luchaba el Imperio en Oriente y Occidente, estas luchas no eran ni con mucho bastantes á agotar su vida y sus esfuerzos políticos; así es que en medio de aquellos años de guerra ocurrieron acontecimientos, en parte de mucha mayor trascendencia.

Digamos siquiera cuatro palabras acerca de la suerte que cupo á la Cámara imperial, en cuya existencia, antes tan tranquila, introdujo la guerra grande excitacion y notables modificaciones.

Este supremo tribunal del Imperio residia en Spira desde